

DON ÁNGEL Y EL PUEBLO REDIMIDO

Enrique Satué Oliván-2015

Hasta el plan 1967, la asignatura de Agricultura siempre estuvo presente en los estudios de los futuros maestros. Dejó de estarlo porque lo que pretendía la nueva Ley General de Educación era formar para lograr una España moderna, fundamentada en el sector de los servicios y en el de la industria.

Hasta entonces, en un país agrario y pobre, el Estado esperaba que el maestro fuese un agente de cambio y de modernización del mundo rural, de allí que dicha asignatura fuera de estudio obligado.

El maestro don Ángel García Benedito obtuvo en Agricultura, en el segundo curso de la carrera, la calificación de “sobresaliente”, pero cuando aplicó aquellos conocimientos a la vida profesional, alcanzó una reconocida excelencia. Y, hoy, con la perspectiva que da el paso del tiempo, todos podemos convenir que su ejemplo ennoblece el largo caminar del género humano.

De él ya se ha escrito pero faltaba una visión global, no polarizada entorno al horror de la guerra, y más centrada en su labor humana y pedagógica.

De haber conocido esta historia el escritor Manuel Rivas, no me cabe la menor duda que su bello relato *La lengua de las mariposas*, más tarde convertido en película, hubiera tenido a Don Ángel como protagonista.



Don Ángel García Benedito. Fotografía facilitada por su nieto José Ángel García

La información oral para hacer este artículo la recogí entre los años 2000 y 2015. Y, como nos suele pasar a los que amamos la etnohistoria, lo hice sin fin alguno, en principio sólo por curiosidad. Trabajé con siete informantes básicos, nacidos entre 1903 y 1925, pero he recogido información de algunos más.

Ni que decir tiene que la documentación escrita, la oral y el trabajo de campo se han aliado a última hora con las ventajas que hoy proporciona internet.

Ángel García Benedito nació y creció entre maestros, lo que facilitó que su destino fuera la docencia. Según el libro siete de bautizados, de la villa pirenaica de Berdún, vino al mundo el 2 de agosto de 1878. Sus progenitores hundían los orígenes en la Jacetania, el norte de la provincia de Zaragoza y en la limítrofe Navarra. El padre era maestro de instrucción primaria y, al morir joven, el municipio permitió que su madre ocupase durante un tiempo su puesto para sacar adelante la prole. Objetivo que logró, pues sus hijos Amadeo, Agustina y, finalmente, Ángel conseguirían también ejercer como maestros.

Amadeo obtuvo destino en la villa pirenaica de Biescas en 1892 y se casó con Maximina Jordán Cutié, maestra de dicha localidad. Desde aquellos años haría las funciones de tutor de su hermano Ángel, al tiempo que promovía y facilitaba sus estudios de maestro.

En el Archivo Universitario de la Universidad de Zaragoza, en el edificio del Paraninfo, en particular, podemos consultar su expediente.

El ingreso y primer curso los realizó de modo libre en el año escolar 1892-93, con quince años y residiendo en Biescas, para lo que tuvo que aportar al director de la Escuela Normal Superior de Maestros de Zaragoza un certificado en el que su hermano Amadeo hacía constar que había realizado prácticas escolares, con el debido aprovechamiento, en la escuela que este regentaba.

El ingreso que previamente necesitaba que se promete alcanzar de licencia de O. U.
a las 26 de Agosto de 1893
Ángel García Benedito
Director de la Escuela Normal de

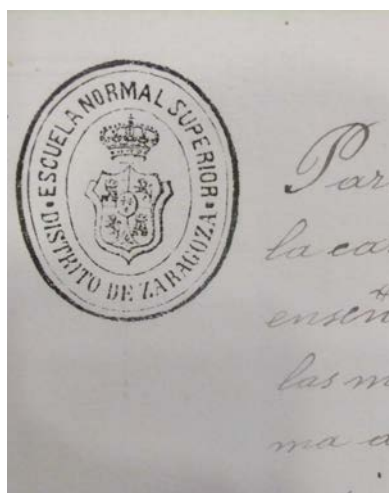
Tanto el ingreso como el primer curso los superó con discreción y hoy llama la atención el taxativo dictado que tuvo que escribir en la primera prueba: *“Para seguir con aprovechamiento la carrera de Magisterio de primera enseñanza, es condición saber bien las materias que abraza el programa de la primaria, de lo contrario se pierde el tiempo inútilmente”*.

En cambio, el segundo curso lo efectuó de modo oficial, domiciliado en casa de una tía materna, en la calle San Clemente, nº 2, 2º piso, al tiempo que figuraba como fiador, frente a la Escuela Normal, Marcelino Pérez Ornat, residente en el Coso, nº 168, 3º. Al parecer, fruto de aquellas relaciones, sería la correspondencia epistolar que Ángel mantendría toda su vida con el militar Ricardo Aguirre Benedito y con el alcalde de Zaragoza, Miguel López de Gera.

En este curso su expediente mejoró ostensiblemente, destacando en Escritura, Gramática, Geometría, Dibujo y, especialmente, en Geografía e Historia de España, y Agricultura, donde obtendría “sobresaliente”.

La reválida la realizó a final de este curso, tanto en su fase oral como escrita. La última constaba de tres problemas en los que intervenían raíces cuadradas y quebrados, un ejercicio de caligrafía sobre una cuartilla pautada del método Iturzaeta, un dictado acerca del papel que ejercían los montes en la economía y, finalmente, un tema de pedagogía que giraba alrededor de la enseñanza moral y religiosa, que don Ángel estructuró muy bien, ejercitándose de modo especial al explicar cómo justificaría ante los escolares la existencia de Dios.

Finalmente, aunque terminó los estudios en el curso 1893- 1894, no solicitó la expedición del título de Maestro de Primera Enseñanza Elemental hasta 1998.



Sello de la Escuela Normal Superior de maestros de Zaragoza

De su juventud conocemos pocas cosas, tan sólo en el Diario de Huesca del 20 de julio de 1901, he localizado un artículo titulado: “*Biescas, una villa que progresa. Mejoras. La luz eléctrica. Programa de festejos*”. En el texto, el corresponsal, desarrolla la idea de cómo la villa “tras largos años de apatía y estancamiento, sacude su indiferencia y entra de lleno y con seguro paso en la senda del progreso”. Firma la crónica “A. García Benedito”, lo cual induce a duda puesto que bien pudiera tratarse de su hermano Amadeo, el maestro titular de la villa. De ser Ángel el autor, en aquel momento tendría veintitrés años.

A través de la revista *El Magisterio de Aragón* y de su número 98, del año 1924, sabemos que Don Ángel comenzó a trabajar en el oficio durante el año 1904. Obtuvo destino por oposiciones en la población riojana de Aguilar del río Alhama, no lejos de Tarazona y, finalmente, “tomó posesión” como titular de la escuela de Escuer en el año 1918.



Por otra parte, el siguiente hito importante que conocemos lo aporta un trabajo hecho por su hijo Ángel, también apreciado maestro, en la obra colectiva titulada *Maestras*, editada por PRAMES S.A. en 2004. En él relata cómo la joven maestra Eusebia Pomar Guillen, hija de un comerciante ambulante y una sallentina, se uniría en matrimonio con su padre en el año 1925.

Eusebia, nacida en 1892, también había estudiado Magisterio gracias a la tutela de Amadeo García, hermano mayor de Ángel, y de su esposa Maximina Jordán, “matrimonio pedagógico” que ejercían en Biescas desde el año 1890.

Antes de casarse, Eusebia ejercería como maestra en la perdida aldea de Otal para, en 1922, obtener en propiedad la escuela de Belver de Cinca, destino en el que solicitaría la excedencia para casarse y vivir con su esposo en Escuer. Finalmente, en 1930, reingresaría al obtener destino en Biescas.

Como complemento, y aunque no es objeto de este trabajo, hay que resaltar la enorme voluntad y humanismo cristiano con que Doña Eusebia sacó adelante su familia, tras la trágica muerte de su marido, en agosto de 1936. A título de ejemplo, merece la pena añadir que unos meses más tarde de la tragedia, junto a su cuñada Maximina, se ocuparía de una buena parte de la infancia de Biescas, llevada por la 130 Brigada republicana, a la colonia escolar de las Vilas del Turbón.

Escuer, a comienzos del siglo XX era una pequeña aldea colgada en la morrena lateral derecha del antiguo glaciar del Valle de Tena. Se arremolinaba, con semblante medieval, alrededor de una torre-fortaleza que los montañeses atribuían a los “moros”. Estaba situada en un elevado cuenco deforestado, donde los deslizamientos de tierra eran contenidos a base de abancalar con paredes de piedra campos diminutos.

Este era el emplazamiento secular que había conformado, generación tras generación, el espíritu conservador y resignado de sus habitantes.



Abajo, en el fondo del valle, junto a la carretera que subía a Biescas y al Valle de Tena, estaban el molino -adjudicado cada cinco años al mejor postor- las huertas, unas cuantas bordas y, sobre todo, el progreso, término difícil de intuir y valorar por gentes hechas para sobrevivir con los esquemas de siempre.

Por eso, tuvo que ser un elemento externo, un maestro, quien con el apoyo de dos sacerdotes – Maximino Galindo Gil, primero (Jaca, 1873) y Gregorio Esparz Lacuey, después (Sos del Rey Católico, 1902)- dinamizase el proceso de bajada del viejo núcleo hasta la orilla de la carretera, no sin los lógicos resquemores por parte de algunos vecinos y la colaboración de otros, como la del que haría de alcalde durante la época álgida de la migración: Simón Bescós Ainsa, correo montañés, que en la época de siega era capaz de bajar en el día, como jornalero, a la Hoya de Huesca.

Dicho esto, seguiremos un poema maravilloso, manuscrito por Miguela Sanromán Escartín, nacida en el molino de Escuer en 1923, huérfana prematura de padre y que tuvo en Don Ángel un auténtico sustituto. Ella lo tituló “*A Don Ángel García, nuestro querido maestro*” y nosotros lo partiremos para que dé entrada a los siguientes apartados: la bajada del pueblo, la obra pedagógica de Don Ángel, la social, y el reconocimiento que su obra ha tenido.



Miguela Sanromán Escartín, delante de un cuadro al óleo que reproduce el antiguo molino de Escuer, lugar donde nació.

“Al entrar muchos preguntan/ ¿quién ha organizado el pueblo?/ y todos les contestamos/ nuestro maestro tan bueno.

Escuer, pueblo nuevo/ con mucha alegría/ nos ayudó a construirlo/ Don Ángel García.

Bien puesto llevaba el nombre./ Muy bien le correspondía,/ que fue un Ángel para Escuer/ y para el que lo conocía.”

Efectivamente, también el artículo “*La redención de un pueblo por el esfuerzo de un Maestro nacional*”, escrito en *El Magisterio de Aragón*, nº 98, de 1924, está en la misma línea. Lo redacta el profesor de la Escuela Normal de Zaragoza José Mateos y Sánchez, y comienza así:

“Conozco, desde hace muchos años, a un maestro culto y modesto, trabajador y laborioso como pocos que, en el corto espacio de tiempo que lleva regentando una Escuela rural, ha logrado la completa transformación moral y material de un pueblo del Alto Aragón, llevando a feliz término una obra de incalculable valor social, pedagógico y práctico.

Este maestro, joven y animoso, aunque lleva más de veinte años de buenos servicios a la Patria, es D. Ángel García Benedito, maestro nacional del pueblo de Escuer, en el partido de Jaca.”

El proceso de bajada del núcleo desde la ladera al fondo del valle, desde la Edad Media al progreso, no fue corto, comenzó alrededor de 1915 para, en 1924 haberse desplazado las dos terceras partes de las casas, y finalizar en 1946, año en que bajó la última, diez años después de la trágica desaparición del buen maestro.

Don Ángel se sirvió del buen hacer del ingeniero Pedro Ayerbe, de la Sexta División Hidrológico- Forestal, quien en 1902 redactó un proyecto sobre la corrección hidrográfica de la cabecera del río Gállego. Un magnífico estudio de Carlos Tarazona, sobre este trabajo, se puede consultar en su blog *Esmemoriaus*.

En él comprobamos como los efectos desastrosos del cono de deyección del barranco de Escuer se sumaban a los del de Arás, al cortar, periódicamente, las comunicaciones hacia el Valle de Tena, al tiempo que la erosión en las cabeceras de ambos, donde estaban los núcleos urbanos, era espectacular.

Así, dicho ingeniero, en la revista *Montes* de 1923, respecto a la situación que existía en la cabecera del barranco de Escuer, llega a decir:

“Es uno de los torrentes que muestra de manera más patente los desastrosos efectos que produce la denudación en los terrenos margosos. Únicamente la lucha por la existencia, la satisfacción de la primera necesidad y la ignorancia, por no llamarla egoísmo, del presente, pudo inducir a los vecinos del citado pueblo a roturar casi totalmente la cuenca de recepción del torrente (...).

Resultado de tal proceso de destrucción: desaparición de casi la totalidad del arbolado del monte y de los cultivos, que han tenido que ser abandonados; aterramiento de la mayor parte de la vega, y amenazado tan seriamente el poblado, que, en evitación de una catástrofe, se dispone el vecindario en masa a abandonarlo y a emplazarlo de nuevo en una parte del lecho de deyección, garantizado de todo peligro por los trabajos de corrección a realizar... De no existir el servicio hidrológico-forestal, que bien merece el calificativo de providencial, el pueblo de Escuer desaparecería y sus moradores tendrían que buscar en la emigración su necesario sustento”

El caso es que, según el ingeniero forestal Pedro Ayerbe, como flecha de lanza del proyecto de corrección hidrográfica-forestal, en 1910, se proyectaría un vivero junto a la carretera y se dotaría de un guarda que sería el encargado de supervisar los trabajos en la cuenca del barranco. Tras la guerra civil, el edificio sería reconstruido por Regiones Devastadas.

Por otra parte, Ayerbe indica en 1923 cómo, de modo obligado, algunas casas ya habían tenido que abandonar el núcleo viejo para trasladarse al nuevo, junto a la carretera, mientras otras estaban “agrietadas y desmoronándose”. Paralelamente, la Sexta División Hidrológico- Forestal ya había levantado los primeros diques, de los diez con que finalizarían el proyecto el Patrimonio Forestal del Estado y, más tarde, I.C.O.N.A.



Dique de cierre original
construido hacia 1920. Foto:
Archivo Cartagra

Además, el ingeniero explica cómo se llegó a un acuerdo entre la Sexta y los vecinos para beneficiarse mutuamente: la piedra de las casas de Escuer viejo iría destinada a la construcción de los diques de la cabecera de la cuenca, mientras que las casas del nuevo emplazamiento se construirían con piedra del cono de deyección, nutrida por el vigoroso flysch.

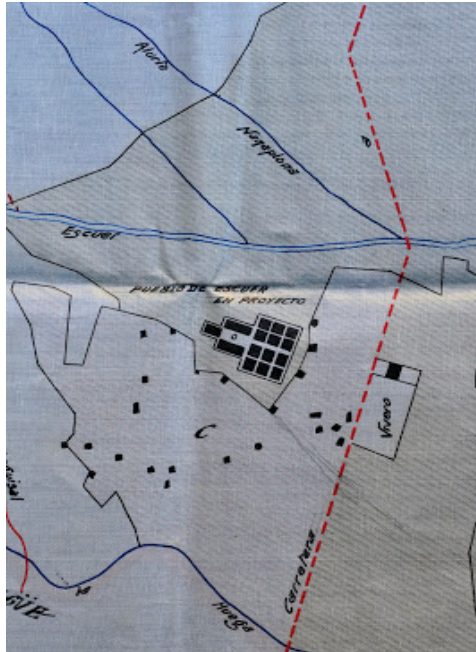
El proceso no era fácil y suponía un salto al vacío vertiginoso que hacía que las familias indecisas -en la montaña: *casas*- tildasen despectivamente a los que se habían atrevido a bajar de *pierdecasas*.

La decisión dependía de un cruce de vectores complejo, entre los que cabe señalar el estatus que la *casa* tenía en el viejo núcleo y el carácter emprendedor de los dueños. Así, por ejemplo, una de las primeras casas en bajar aprovecharía la acequia del molino para crear una serrería de madera. Dicho de otro modo, mientras algunos vecinos participaron en el proceso de modo entusiasta, otros, lo harían con recelo.

En este complejo proceso de traslación del núcleo, la ubicación de la escuela jugó un papel determinante y el papel dinámico del maestro, un peso fundamental. De él los informantes dicen que “era todo un señor y que se presentaba en Huesca, en Zaragoza, en Madrid, o donde hiciera falta” –se refieren a la soltura con que se movía ante la administración y las autoridades.

En el Archivo Histórico Provincial de Huesca no he hallado rastros documentales del proceso migratorio y tampoco en el del ayuntamiento de Biescas, a quien hoy pertenece el núcleo de Escuer desde mediados de los años sesenta. El hecho es que si hoy recorremos el cono de deyección del barranco de Escuer, que muere junto a la carretera, observaremos el trazado ortogonal de las calles del nuevo núcleo, mientras que del antiguo molino sólo veremos sus muelas en un jardincillo porque, en el viejo solar, se ha levantado un bloque de apartamentos.

Según la tradición oral, el trazado del núcleo lo levantó “un forestal” y, por estar en terreno comunal, las parcelas para las casas se idearon de la misma medida; las familias que pagaron 30 pesetas pudieron escoger y las que no lo hicieron entraron en sorteo. El resultado: un núcleo atípico, racionalista, con edificios rectangulares, sencillos y de planteamientos higienistas a través de la regularidad y amplitud de sus vanos. En el cruce del “*cardo*” y del “*decumano*” vemos la escuela y en el extremo norte del primero, en lugar prominente, la iglesia. Finalmente, no lejos, hacia el norte, en lugar saneado, el nuevo cementerio.



Proyecto de la Sexta División Hidrográfico- Forestal para el nuevo núcleo de Escuer y el vivero, en el cono de deyección del barranco. Foto: Archivo Cartagra.

Como las familias vivieron mucho tiempo entre un núcleo y otro no hubo problema en integrar en las nuevas viviendas los enseres y el utillaje preciso. Así, en alguna fachada podemos ver los viejos escudos heráldicos bajados de la vieja aldea y, junto a la nueva iglesia, una pila de bautismo, medieval, esculpida en granito, también, bajada desde el viejo templo

Por cierto, aunque la guerra se llevó por delante las campanas bajadas desde la aldea, aún se recuerda que fueron arrastradas por la pendiente senda de Mundarrey, tiradas por mulos, y en una narria (*esturrazo*). Se recuerda el hecho y, jocosamente, las dificultades que encerró la hazaña: “María me llamo./ Cien arrobas peso./ El que no lo quiera creer,/ que me levante a peso”.



El hecho es que la nueva escuela sería inaugurada en 1930, mientras que la iglesia lo sería el 24 de agosto del año siguiente, el día de San Bartolomé, patrón del núcleo viejo y del nuevo.

“Él nos mandó hacer la escuela/ y a cuidarla con esmero/ y nos enseñó a plantar/ los árboles que hay en el pueblo.

A las tardes nos mandaba a regar con ilusión/ y al volver siempre nos daba/ una gratificación./ Unas veces caramelos/ otras naranjas o manzanas/ y todos muy obedientes/ íbamos de buena gana.

Muchas veces comentaban/ y llevaban la razón/ que Don Ángel era uno de los mejores/ de la región de Aragón.

A los más necesitados/ también nos dio algún dinero/ y nos daba de comer/ en los tres meses de invierno./ Primero a los de Escuer Alto/ después, de abajo también/ y qué feliz se sentía.

Yo nunca quiero olvidar/ aquel cocido tan bueno/ lo preparaba muy bien/ Francisca del Herrero./ Nos daban un panecillo/ que nos hacía ilusión./ Nos lo comíamos todo/ aunque era buena ración.

Al terminar el invierno/ nos preparaba un banquete/ que a todos nos parecía que estaba de rechupete./ Solamente uno entre todos/ el que comía poquico/ que si lo quieren saber/ era Gregorio de Perico”.

El edificio escolar se construyó en el cruce de los dos ejes principales del nuevo núcleo. Se levantó por medio de un proyecto oficial, con parámetros higienistas y pedagógicos. Posee un amplio recreo rectangular, rodeado de un regular muro de piedra en cuyo perímetro se plantaron almendros, nogales y castaños de indias. El bello edificio, de amplio porche, está bien orientado al sur a través de grandes ventanales y, por tratarse de una escuela mixta, posee una clase única.

Durante medio siglo la escuela permaneció abierta y el legado de Don Ángel acallado. Clausuró la escuela, en 1976, la despoblación pirenaica. Y, a partir de entonces, el edificio cumple las funciones de centro social. En cambio, la oscura y pequeña escuela del núcleo primitivo de Escuer sucumbió en medio de la ruina general y, en el lugar que ocupaba hoy se ha construido un pequeño refugio.

Cuando en 1930 se inauguró la escuela, el matrimonio formado por Don Ángel y Doña Eusebia se trasladó de Escuer viejo al nuevo núcleo para ser acogido, provisionalmente, en Casa La Coja. Poco tiempo duraría la situación porque, con una hija y el destino obtenido por Doña Eusebia en Biescas, cambiarían la residencia a esta localidad, siendo él quien se desplazaría, todos los días, a pie o por medio del coche de línea –el célebre Ford-.

La matrícula escolar giraba alrededor de una veintena de alumnos y, a pesar de los esfuerzos de Don Ángel, el absentismo escolar era notorio. Así, Agustín Bescós aún recuerda la voz familiar que le decía aquello de *“monín, hoy no podrás ir t’a escuela porque nos tocan as cabras”*. Al tiempo que otro informante señala que las circunstancias obligaban a trabajar de modo prematuro a las criaturas y *“a ganarse la crosta de pan donde podían”*.

Como se ha dicho, la ubicación de la escuela sería decisiva. Así, durante algunos años, los retoños de las casas que ya habían bajado a la carretera tuvieron que subir, todos los días, por el camino de Mundarrey –cerca de una hora- hasta la vieja escuela y, por el contrario, a partir de 1930, las familias rezagadas en bajar tendrían que mandar sus hijos a la nueva. Esta razón constituiría el origen de la cantina escolar.



Las cantinas escolares fueron reglamentadas por la II República, dotadas de una finalidad tanto higiénica como moral y fraternal, y contaban con una comisión protectora en la que estaban representados el alcalde -que era presidente- el médico y dos madres de dos hijos beneficiados.

La cantina de Escuer fue promovida por Don Ángel, en un comienzo, para evitar el absentismo durante los duros meses de invierno de los niños que tenían que bajar, cada día, desde la antigua aldea. Si en un comienzo sólo se pensó en ellos, la excelente alimentación hizo que, pronto, quisieran quedarse todos. La demanda era tal que, cuando faltaba uno, era sustituido de modo rotatorio por otro que residiese en el nuevo Escuer.

Los comestibles eran adquiridos por Don Ángel en Biescas y los cocinaba la señora Francisca del Herrero en su propia casa. Este edificio acogía también el comedor.

Cuando acababa el invierno, siguiendo la estela tradicional de las fiestas infantiles, Don Ángel organizaba para todo el alumnado un sonado banquete. Por otra parte, de modo autónomo, la infancia seguía la inercia cultural de las hogueras de San Sebastián y las cuestaciones de alimentos para celebrar la merienda de Santa Águeda.

Además, Don Ángel fundiría la cultura regeneracionista de la Fiesta del Árbol con la necesidad que exigía el urbanismo del nuevo núcleo. De este modo, los informantes recuerdan cómo todos los sábados, maestro y alumnos, se distribuían por las nuevas calles, con garrafas, para regar los árboles que aún podemos ver (nogales, tilos, castaños de indias, almendros, etc.) La actividad es muy recordada porque, además, el buen maestro les premiaba con caramelos y naranjas. Y, como consta en el Archivo Histórico Provincial de Huesca, en acción conjunta y reglada, la Escuela, el Ayuntamiento, junto al Distrito Forestal de la provincia, plantaban chopos en la partida denominada La Pera (18 de diciembre de 1925).

Por otra parte, la escuela de Escuer poseyó una de las 115 bibliotecas escolares que la II República creó. Por un decreto de 1931, el carismático ministro Marcelino Domingo, reglamentó el programa, al tiempo que encomendaba al Patronato de Misiones Pedagógicas su puesta en marcha.

Se daba prioridad al mundo rural y, por ello, no ha de extrañar que la provincia de Huesca fuese, en 1934, una de las siete provincias mejor dotadas. Para acceder a ellas tenía mucho peso el informe del inspector de la zona.

Dicho esto, es lógico que Escuer obtuviese una de dichas bibliotecas pues, además de los evidentes méritos de Don Ángel, la relación con su inspector, Ildelfonso Beltrán, era extraordinaria. Este fue inspector jefe desde 1933, se ocupaba de buena parte de las

escuelas de la Jacetania y, como Don Ángel, militaba en Izquierda Republicana. La labor inspectora la abandonaría cuando en las elecciones de febrero de 1936 obtuvo un puesto de diputado nacional.

El interés del inspector en que el programa de las bibliotecas escolares anidase en las escuelas de su zona se hace evidente si repasamos la lista. En ella podemos ver las escuelas de Anzánigo, Caldearenas, Biescas, Escarrilla, Larrés, Piedrafita, Navasa, Larrés u Osán, por citar sólo las más próximas a Escuer.

Cada biblioteca estaba dotada con cien títulos de temática variada, no sólo destinados a los escolares sino a toda la comunidad educativa. Su encuadernación era excelente, cada libro llevaba un marca hojas y, además, el conjunto iba acompañado de los instrumentos que hacían posible una adecuada gestión bibliotecaria: papel para forrar, libro de registro, talonario de préstamo y estadística de lectura.

Al contrario de lo vivido en otras escuelas, en una breve visita hecha en 2015 a lo que ahora es centro social de Escuer, no localicé libro alguno de dicha biblioteca ni restos de ningún tipo de material escolar.

Otra iniciativa social y escolar que tuvo Don Ángel fue la creación de un ropero. Hecho del que sólo se puede aportar una vaga información oral entorno a que Don Ángel “facilitaba dinero, que obtenía del Estado, para que los vecinos necesitados compraran ropa a los pequeños”.

Al parecer, según Agustín Bescós Bescós, nacido en Escuer bajo en 1923, Don Ángel llevaba muy lejos la labor sanitaria preventiva y también les vacunaba contra la viruela.

Pero si la higiene y la sanidad constituían unos pilares fuertes en la labor profesional de Don Ángel, no lo eran menos la inoculación de valores en las criaturas. Así, Miguela Sanromán Escartín, recuerda de memoria tres lecturas que, aún hoy, le ayudan en su vida diaria. Las adjunto tal como ella las recita:

Cuentan de un sabio que un día/
tan pobre y mísero
estaba/que solo se sustentaba/de las hierbas que
cogía./¿Habría otro entre sí decía/
más pobre y triste que yo?/
y cuando el rostro volvió/
halló la respuesta viendo/
que otro pobre iba cogiendo/
las hierbas que él arrojó.

Subió una mona a un nogal/ y cogiendo una nuez verde/ en la cáscara la muerde/ la que le supo muy mal/ arrójala el animal/ y se quedo sin comer./ Así suele suceder/ al que su empresa abandona/ y se halla como la mona/ al principio de vencer.

Un General se encontraba/ en lo más alto de la batalla/ silbaban las balas de una y otra parte/¡Mi General!-le dijo un soldado/ no se ponga tan al descubierto/ que le van a matar/ No importa contestó/ el General con tranquilidad/ hoy he comulgado./ ¡Oh, sabrosísimo pan de los fuertes/ Si has de verte en peligro/ comulga antes y hallarás en tu pecho/ consuelo grande/ Quien a Dios lleva dentro de sí/ a la muerte no debe temerle.

Respecto a los conocimientos aprendidos, Agustín Bescós asegura, ochenta y cinco años después de ser escolarizado con Don Ángel, que le debe a él un buen nivel de matemáticas y de geometría, lo que más tarde, en el servicio militar, le serviría para aprender el oficio de carpintero.

“Muchas veces a mi madre/ él le habló de esta manera:/ Como eres viuda y ocho hijos/ uno gratis la carrera.

Yo unos días a la escuela/ otros cabrera o vaquera/ de esa manera imposible/ que yo sacar la carrera.

No conocí a mis abuelos/ y casi nada a mi padre/ por eso si mucho aprendí/ del maestro y de mi madre.”

La obra de Don Ángel cubrió un arco amplio, excedió lo pedagógico para adentrarse voluntariamente en los terrenos de la ayuda y la dinamización social.

Según la revista *El Magisterio de Aragón* de 1924, además de promover, con el apoyo del sacerdote, la bajada del núcleo antiguo de Escuer a la carretera y de organizar la compra de materiales de construcción, daba clases de adultos, había fundado un economato para los vecinos, una cooperativa agraria de semillas, abono y aperos, prestaba dinero a los vecinos sin interés alguno y, además, cuando llegó una epidemia de fiebres tíficas al pueblo, visitaba a los enfermos y les aplicaba remedios.

Por otro lado, los informantes recuerdan haberle oído decir que su gran sueño sería “sacar del pueblo uno o dos maestros”. Hecho que, por un lado, refleja la alta estima que él tenía a su profesión y, por otro, el realismo social de su deseo pues, bien sabía, que en aquellos tiempos, era muy difícil dar otros estudios a un muchacho o muchacha del mundo rural.

Respecto a la ideología de Don Ángel, las fuentes coinciden. Como muchos maestros de la época, en cierto modo, era krausista. Poseía sólidas bases cristianas pero creía en la redención social por la vía laica. Como buena parte del Magisterio agradecía profundamente la opción que la II República había tomado a favor de la enseñanza y los maestros, y, aunque sus prácticas y creencias eran cristianas, acataba y asumía las directrices laicas del estado.

Por ello, si antes de la República, no tenía inconveniente alguno en llevar los niños a misa, durante aquella, los informantes señalan que, por un lado, no estaba de acuerdo con la orden de quitar el crucifijo de la escuela y que, por otro, ante el requerimiento del sacerdote para que enseñara “doctrina” en la escuela, él le contestó que esa labor no era de él, sino suya. Esta conversación la escuchó en clase Agustín Bescós Bescós, de Casa Carlos.

En este sentido, el artículo aparecido en El Magisterio de Aragón, en 1924, delata la armonía y colaboración existente con el párroco Maximino Galindo Gil, como luego la hubo, según los informantes, con su sucesor Gregorio Esparz.

La marcha, en 1934, de este bondadoso sacerdote hacia su nuevo destino en Santa María de la Peña no debió favorecer las relaciones políticas de Don Ángel.

Los informantes coinciden en desgraciados detalles antes de su muerte y exponerlos no es el objeto de este trabajo. Quedémonos con que Don Ángel era una persona de convicciones fuertes y que las amenazas no le hicieron renunciar a ellas. Añadamos, también, cómo, a veces, las palabras y las frases son capaces de navegar por los espacios de la memoria, durante ochenta años, sin perder una sola letra.

A pesar de la falta absoluta de rigor de los informes recabados por la Comisión Depuradora D) del Magisterio Provincial (Archivo Histórico de Huesca), un análisis subliminal de ellos crean elocuencia.

Entre sus líneas se puede entrever el grado de objetividad, de tendenciosidad e, incluso, cuando esta se da, cómo la conciencia del informante obliga a reconocer incuestionables virtudes de Don Ángel aunque sea de modo cínico o tibio.



Detalle de los pliegos utilizados por la Comisión provincial depuradora del Magisterio.

De los cuatro informes recabados, el emitido por la Guardia Civil es el más imparcial. Los otros tres rezuman el odio magmático que ocasionó aquella guerra. Algún informe se emite en caliente, veintiséis días después de haberse producido la tragedia (esta queda explicada, a grandes rasgos, en el riguroso trabajo de Esteban Gómez, *El eco de las descargas*, p. 205 y ss.)

Es objetivo y dichos informes coinciden en el hecho que Don Ángel militase en Izquierda Republicana y que fuese uno de los promotores del centro social que poseían los partidos del Frente Popular en Biescas.

Ante la evidencia de su gran profesionalidad y ejemplar vida en familia, los informantes aceptan el hecho con tibieza, con cinismo o con matices. Así, uno, respecto a la profesionalidad dice que “competencia, tiene”; otro, respecto a lo mismo, que “competencia tiene la competente” y, finalmente, otro, que respecto a la moral hay que distinguir pues “como ciudadano es buena pero como católico es mala”.

El resto de observaciones muestran las más duras esencias de aquella calamitosa sociedad que entró en guerra.

Los restos de Don Ángel descansan en el cementerio de Jaca y una sobria, pero bella estela funeraria, le recuerda en el cementerio de Escuer nuevo.

“Aunque se fue para siempre/ en Escuer siempre estará./ Él
nos plantó los árboles/ y mucho han crecido ya.

Sabemos que es un buen ángel/ y que estará ya en el cielo/ y
nos sigue vigilando/ para que seamos buenos.”

El hecho es que la desaparición de Don Ángel fue acompañada de una gran carga simbólica por haber sido la primera víctima producida en la zona y por tratarse de un querido maestro. Este hecho se reflejaría, cuando en septiembre del 37, los republicanos ocuparon la Tierra de Biescas.

Aunque son muchos los años que han pasado, el lápiz de etnógrafo todavía me obliga a apuntar algunas frases que fluyen cuando los informantes hablan del tema. Por seguir con el espíritu que guía al trabajo, sólo apunto la que me facilitó Miguela Sanromán quien aseguraba que “él sí que dio la vida por nosotros”.

En resumen, aunque fuesen milicias llegadas de otra región, las que segaran la vida de Don Ángel, fue el odio, la incultura y, sobre todo, el miedo cerval que tenían los viejos poderes a que un simple maestro trastocara el orden establecido, quienes lo propiciaron.

Afortunadamente, el día 24 de agosto del año 1981, en plena transición democrática, durante las fiestas patronales de Escuer, el espíritu de encuentro reinó y se colocaron dos placas en las calles más importantes de la localidad. La que moría en la escuela se rotuló con “Don Ángel García” y la que lo hacía más arriba, en la iglesia, con “Don Gregorio Esparz”. Seguramente el tiempo había hecho olvidar que si bien este último hizo lo imposible por levantar la iglesia nueva, su antecesor Maximino Galindo, entre 1920 y 1929 -fecha en que fue destinado como profesor al Seminario de Jaca- también había apoyado el trabajo de Don Ángel.



Los reconocimientos llegaron cuando la historia lo permitió, cuarenta y cinco años después de la tragedia, aunque ya antes, en 1924, el periódico profesional *El Magisterio de Aragón* refería cómo el inspector de Educación D. Luis de Francisco y Galdeano había propuesto al gobernador civil una recompensa extraordinaria para D. Ángel García Benedito por “haberse excedido en el cumplimiento del deber, realizando calladamente una obra gigantesca de esfuerzo, de sacrificio y de honrada labor ciudadana”.

Dicho todo esto, quedémonos con la grandeza humana de Don Ángel y divulguemos un rincón desconocido del Pirineo, donde un paseo por el nuevo Escuer y por el aéreo sendero que lleva a la torre y a las ruinas de la aldea medieval, aún permiten escuchar los latidos de un maestro que bien podemos decir que vivió para “redimir” un pueblo.